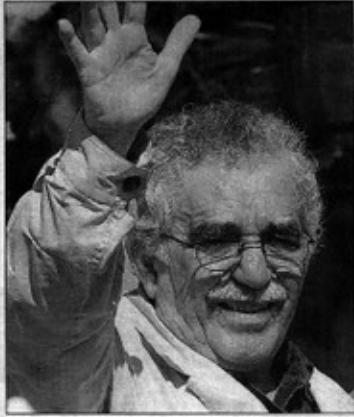


Páginas MARCADAS



Carta desde Macondo (A Gabriel García Márquez)

"...Porque a medida que el barco se alejaba, la memoria se le iba poniendo triste..."
(G. García Márquez: "Cien años de soledad")



había visto por la ventanilla del vagón, y era como ir haciendo trizas y tirando al olvido el largo poema de la fugacidad: (...) la muchacha de suéter rojo que pintaba acuarelas en los lagos de Michigan, y que le hizo con los pinceles un adiós que no era de despedida sino de esperanza, porque ignoraba que estaba viendo pasar un tren sin regreso".

Te pido, Gabriel, que a medida que el barco se aleja, la memoria no se te vaya volviendo triste... Porque, aunque no parezca advertirlo, tu carta de despedida, puede transformarse en una pastoral del desencanto. Tú, que con tu palabra enorme iluminaste, identificaste, e interpretaste este azotado continente, más que los políticos, los militares y los cientistas de todo apellido, no nos dejes como herencia el desencanto.

Dejamos la convicción que a veces, con la muerte, sobreviene no una lluvia común y corriente, sino la lluvia de flores que acompañó a José Arcadio Buendía, para hablarnos de la magia de lo inexplicable. Convencenos que las estirpes condenadas a cien años de soledad, tienen también una segunda oportunidad sobre la tierra. Y ya que mencionas a Serrat, deja que recuerde cuando canta el poema de Juan Ramón Jiménez: "... no quiero cantar, ni quiero, a ese Jesús del Madero, sino al que anduvo en la mar".

Nada más lejos de mi intención, el querer endiosarte. Pero tomo los versos anteriores, para decir que no quiero al García Márquez que se está muriendo de cáncer linfático. Yo quiero al que recibió el Premio Nobel, vestido no de etiqueta, sino con el traje típico de su azotada Colombia, mientras hacía tronar las palabras conque demostraba que —de sol a sol— los hombres y los hechos que cruzan nuestro continente, se disparan por encima de la realidad, superando largamente la ficción. Que lo mágico y lo fantástico, lo estrambótico y lo absurdo son parte del paisaje de este territorio.

Así te quiero, Gabriel, porque a medida que tu barco se aleja y se pierde tu gesto, la memoria se me va poniendo triste...

Tu despedida, Gabriel, nos arranca del "maravilloso sentido de la irreversibilidad", nos conecta a tierra, nos llega como cañonazo que pulveriza estatuas y transforma a la muerte en consiguencia que pondrá muchas cosas en su sitio, si es que estuviéramos dispuestos a que ese paso inevitable, abriera ojos y modificara miradas.

Hablo del espanto de no pensar en alguien que ha muerto, sino de no pensar en alguien que se muere, de alguien que sabe que se muere y nos comunica que se está muriendo... Ponerse en su piel, en su respiración, en el sudor de su extrema lucidez, es un ejercicio que no puede ser sino breve, por angustioso.

Te escribo desde Puerto Macondo, Gabriel. Aquí se enfrentaron hace poco Liberales y Conservadores. La feria, con sus encantadores de serpientes, con su magia, su ruido y sus colores, desapareció con las lluvias de una primavera menquina. Pero las calles de Macondo, que alguna vez cruzaste mientras buscabas los hielos del fin del mundo, exhiben todavía los rostros en papel, corroídos por el agua, de los candidatos que a lomo de mula o en modernos aeroplanos, quisieron instalarse en el sillón de un municipio más pequeño que el de Riobacha. En este contexto, llega tu carta de despedida. Le haces una finta a la muerte, corres y te detienes, para decirnos que amas a cada hombre y a cada mujer de todos los territorios consignados en los mapas; que si en ti hubiese odio, lo aplastarías contra el hielo y esperarías a que el sol hiciera su trabajo; que un hombre sólo tiene derecho a mirar a otro hacia abajo, cuando ha de ayudarlo a levantarse. Te doy las gracias de nuevo.

Porque una vez lo hice, para agradecer que hubieras día a día, de la mañana a la noche, cada rincón de este continente, que cambia a veces de cara, pero más a menudo, sólo de maquillaje. Bien lo sabemos por estos suelos, donde el viento de la desgracia suele soplar como en Macondo.

"Aturdido por dos nostalgias enfrentadas como dos espejos, perdí su maravilloso sentido de irreversibilidad, hasta que terminé por recomendarle a todos que se fueran de Macondo, que olvidaran cuanto él les había enseñado del mundo y del corazón humano (...) y que en cualquier lugar que estuvieran recordaran siempre que el pasado era mentira, que la memoria no tenía caminos de regreso, que toda primavera antigua era irrecuperable, y que el amor más desatinado y tenaz era de todos modos una verdad efímera".

No logro entender por qué tu despedida me lleva a estos párrafos del colosal descubrimiento de América, que no otra cosa es Cien Años de Soledad. ¿Por qué lo efímero, por qué lo fugaz se me instala como un pañuelo que identifica el punto en que te despidas con los brazos en alto?

En las tarjetas postales que mandaba desde las estaciones intermedias, describía a gritos las imágenes instantáneas que

Carta desde Macondo (a Gabriel García Márquez). [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carta desde Macondo (a Gabriel García Márquez). [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

